

Han, B.C. (2025) *Sobre Dios. Pensar con Simone Weil*. Barcelona: Paidós Contextos. 2º Ed.

1.-Introducción

Una reflexión sobre la noción de Dios en la era de la inmanencia digital: una aproximación teológico-política en la obra de Byung-Chul Han

Byung-Chul Han se consolida como un pensador esencial del S. XXI, actuando como un "tábano" que advierte sobre la deriva de la sociedad actual, como señaló en su discurso laudatorio al ganar el Premio Princesa de Asturias el año 2025. Su última obra, *Sobre Dios. Pensar con Simone Weil*, aborda la "Muerte de Dios" y propone un itinerario para vivir la "Resurrección de Dios" a través de una "amistad del alma" con la filósofa y mística francesa Simone Weil. Esta alianza se presenta como un antídoto espiritual contra la inmanencia, el consumo y la adicción a las pantallas. El libro es una reflexión sobre la noción de Dios en la era de la inmanencia digital y para nosotros es una obra de teología-política, al realizar un descarnado análisis de la sociedad del rendimiento neoliberal desde el fenómeno religioso.

El libro articula siete conceptos centrales de Weil para explicar la crisis religiosa, originada en razones estructurales

como la falta de atención, la pérdida del silencio y el aumento del ego. Estos conceptos —Atención, Descreación, Vacío, Silencio, Belleza, Dolor e Inactividad— trazan un lúcido itinerario de conversión que opone la trascendencia mística y religiosa al Occidente neoliberal encausado en la religión del ego: consumo y rendimiento. Han nos entrega herramientas para un camino de reflexión hacia el Misterio de Dios.

2.- La atención

La Atención es la condición estructural del alma para una religiosidad profunda en la mística desarrollada por Simone Weil, pero está tensionada por el "panóptico digital" que nos convierte en "ganado consumidor" imposible de la revolución (p.14). Han la define como una forma de oración, una atención contemplativa que se dirige "hacia lo duradero, hacia lo que permanece y perdura. Lo verdadero es lo que dura." (p.18). La falta de esta atención nos aleja de Dios, pues el *dominio de la información* nos arrastra a un "torbellino de actualidad". El mal, como un virus, sabe cómo sortear nuestra atención

(p.20), negando la alteridad del otro, creando las condiciones para la violencia y la discriminación.

El neoliberalismo del rendimiento, con su activismo constante, impide la pasividad y la espera. Han cita a Weil, quien comenta en clave bíblica: “El Papel de la futura esposa es esperar.” (p.22). La atención permite esta espera, donde la verdadera religiosidad se despliega en la *duración* (*Kairós* o tiempo pleno), superando el *cronos* (tiempo lineal) del "Dios hacer". Socialmente, la atención es para Weil la: “infraestructura de la caridad” y la forma más alta de política, oponiéndose al espíritu de los partidos políticos de la democracia liberal, que para Weil solo buscan el poder. Finalmente, esta atención es anticapitalista, ya que aboga por una gratuidad inmanente en toda la creación, que despliega una relación asimétrica del ser humano con Dios, en cambio en la economía capitalista, todo es simetría, para Weil y Han esto es un desbalance, es una idea ajena a la realidad. Han crítica cómo el *mindfulness* es la religiosidad del neoliberalismo del rendimiento, poniendo “la espiritualidad entera a disposición de la producción y del rendimiento.” (p.36).

3.- La descreación

La Descreación (*Décréation*) es el fin de la teodicea de Weil, el abandono de

la condición contingente para adherirse al *no-ser* y enlazar la vida del ser en la condición divina. Es la “extinción en Dios” que brinda la “plenitud del ser” al entregar el yo por amor (p.42). En la época del super ego neoliberal, promovida por las pantallas, la descreación es un imposible metafísico, mientras que el régimen neoliberal es una búsqueda constante de “ser algo, alguien” (p.43). Muchos hablan de marca personal. Idea contraria a la vida interpersonal descrita por Han y Weil.

Han denuncia el “delirio neoliberal de la creatividad” como miserable ante la “grandiosidad de la creación divina” (p.43). El fortalecimiento del ego es la causa del declive religioso: “El ruidoso yo mantiene a Dios alejado de nosotros” (p.43). La clave está en el presente, en el “instante” como puro gozo, que nos fusiona con la eternidad y se opone a la preocupación (*Sorge*) por el futuro (p.47). Un yo que renuncia a sí mismo “se vuelve tan transparente como el límpido cristal de la ventana por la que penetra, a raudales y sin trabas, la luz de Dios” (p.50).

4.- El vacío

El vacío no es ausencia, sino capacidad de presencia y es esencial en el *ethos* religioso de Weil. Han lo llama la “teodinámica del vacío”, que se opone a la “teodinámica del poder” y la simetría del mercado. La ética del vacío suspende la

economía de la acción y reacción, permitiendo un “don puro, que prescinde de toda retribución” (p.55), acogiendo la asimetría del universo, que es el rostro de Dios, como ya lo decíamos más arriba, esta es la base de una ética del agradecimiento radical basada en la gratuidad. Esta ética es profundamente anticapitalista, pues se basa en la gratuidad.

El misterio de Dios se manifiesta en el vacío, el no-lugar o silencio, que es la posibilidad de que *Alguien aparezca*. Weil nos invita a “querer en vacío, querer el vacío. porque un vacío es para nosotros ese bien que no podemos representar ni definir. Pero ese vacío está más lleno que todos los llenos. Si llegamos hasta ahí, estaremos fuera de peligro, porque Dios colma el vacío”(p.65).

5.- El silencio

El Silencio es la condición necesaria para la hierofanía y la estructura para percibir a Dios, ya que “El ruido ha matado a Dios” (p.69). Es el sumo ejercicio para pensar y agradecer, accesible sólo por medio de la *atención del vacío*, el silencio es el arma mística que podrá desestructurar el nihilismo de la infocracia y la sociedad del scroll.

Han diagnostica que la hipercomunicación digital destruye el silencio, pues “La información, como tal, es un ruido. (...) Solo la atención

contemplativa puede acceder al silencio” (p.70). El silencio contemplativo permite al pensamiento observarse a sí mismo, asemejando la filosofía a la poesía. El silencio de Dios es un “Excedente infinito”: “Allí donde reina el gran silencio, toda voluntad se retira, el yo muere. (...) se encuentran colmados del silencio de Dios” (p.77). Es el no-espacio donde toda belleza puede acontecer.

6.- La belleza

Para Han y Weil, la belleza es emanación pura de Dios. Ambos la ven como lo bello encarnado, siguiendo a Platón en clave cristológica, es bello el sufriente, porque siendo infinito se hizo finito. El problema actual es que “lo bello carece de toda sacralidad, de toda espiritualidad. Se desacraliza hasta convertirse en un objeto de consumo” (p.81), cuyo lema es el “Like”. El consumo nos aleja de la dimensión sagrada e indisponible de la creación, nos impide mirar para capturar la belleza intrínseca de lo dado. El ser neoliberal piensa que toda belleza debe ser construida, por eso muchos sueñan un “Metaverso” donde todo pueda ser creado y destruido al antojo del deseo humano, es la idea transhumanista de tantos en Silicon Valley.

Weil se opone a la autosatisfacción kantiana como forma de acercarnos a la estética: la belleza es otredad radical que nos conecta con el dolor del otro. «El arte es

profundamente religioso. Nos permite entrar en un “sano contacto” con aquello que nos “trasciende.” (p.82). Para Weil, el arte es trascendente, una epifanía, un “brillar a través”. La belleza es la manifestación del orden divino, que “proporciona a la ciencia sacralidad”, haciendo que “Estudiar y orar confluyan” (p.87). Han critica que en lo digital todo es antropomorfo y “voluntad de poder”: “La pantalla digital no es en modo alguno el cristal transparente de una ventana por la que penetra a raudales la luz de Dios. En lo digital, el ser humano solo se cruza consigo mismo.” (p.91). En lo digital el verdadero encuentro con la alteridad radical de la otredad es pura clausura, porque es pura apariencia de encuentro, por eso nuestras sociedad hiperconectadas tienen una crisis de soledad indescriptible.

7.- El dolor

La belleza no está ajena al dolor. Weil encarna el “Homo doloris” (p.95) la vida de la filósofa fue un sufrimiento constante para los que conocen su biografía, muere de dolor en el exilio y de hambre por voluntad propia. Ella entiende el sufrimiento como presencia y realidad divina. Ella señala: “Cada vez que sufrimos un dolor podemos decir en verdad que es el universo, el orden y la belleza del mundo, la obediencia de la creación a Dios, lo que nos entra en el cuerpo.” (p.95). El dolor permite

la empatía, siendo “vehículo de lo bueno”, de un encuentro radical con el otro, que también es sufriente.

Han afirma que “El dolor ancla el bien el cuerpo. Encarna la ética del otro” (p.98), criticando a la sociedad del rendimiento que cultiva la algofobia (miedo al dolor) y se rige por la “obligación de la felicidad” (p.100). El consumo digital anestesia. Para Han, el dolor es “verdad hecha carne”: “Sólo gracias al dolor podemos distinguir entre verdad y falsedad. Sin dolor, caemos en una total indiferencia.” (p.101). La expulsión del dolor es la expulsión de la alteridad y es la deshumanización de nuestro sentido de existencia, es acercarnos a la impasibilidad de la máquina como sueño prometeico, la pérdida del dolor es clave para la sociedad del rendimiento que denuncia Han.

8.- La inactividad

La Inactividad se opone a la esclavitud del rendimiento. En el régimen neoliberal, «el esclavo y el amo confluyen en la misma persona» (p.107), explotando la libertad personal para autoexigirse un éxito que algún día llegará. La máquina digital es “suave y placentera”, llevando a la “sociedad de la adicción” (p.107). Este frenesí de actividad es una cuantificación que anula la presencia y el vínculo entre espíritu y mundo. La inactividad es la clave para poder ser en el mundo, es la forma

verdaderamente humana de nuestra conciencia, que es una creación de Dios—tanto para Han y Weil—, donde asume su verdadera esencia es la inactividad como forma de contemplación silenciosa del yo al ello en clave psicoanalítica, está es una vieja idea de toda la mística cristiana, que hoy Han renueva de la mano del anarco catolicismo de Simone Weil.

Han actualiza los "tres monstruos" de Weil (Dinero, Maquinación, Álgebra) a "el capital, la digitalización y la inteligencia artificial", los cuales rebajan al ser humano a "esclavo de la cuantía y de la eficiencia" (p.111). La forma debe ser restaurada a través de las ceremonias religiosas, que encarnan la medida y «no producen nada» (p.112), sino que "reproducen el orden divino" La devoción ceremonial es límite, obediencia y "arquitectura en el alma" como Weil indicó que el fin de experiencia mística. Han concluye: "Toda actividad que no albergue en su corazón un silencio contemplativo se asemeja a la esclavitud. Es el silencio lo que espiritualiza la acción humana; calma la actividad hasta convertirla en inactividad." (p.115).

9.- Conclusiones

La lúcida obra de Han, guiada por el que nos gustaría señalar que es expresión del "anarco-catolicismo" de Weil, ofrecerá una hoja de ruta contra la crisis espiritual del occidente neoliberal. El itinerario se basa en siete conceptos interconectados: La Atención como infraestructura fundamental de la caridad, que conduce a la Descreación del yo egocéntrico. El Vacío como teodinámica de la gratuidad, colmado por Dios. El Silencio como condición para el pensamiento y la percepción divina, asesinado por el ruido digital. La Belleza como encarnación de Dios, que nos conecta con el Dolor como vehículo de empatía y "verdad hecha carne". Finalmente, la Inactividad contemplativa, que espiritualiza la acción y se manifiesta en los rituales que «reproducen el orden divino». En suma, es un llamado a vivir la atención para descrearnos, asumiendo el vacío como silencio, belleza y dolor, y encontrando la trascendencia en la inactividad para «volver a mirar un día el rostro de Dios».

Rodolfo Marcone-Lo Presti